

702 31-79

LA SOCIEDAD DE CLASES MEDIAS

DISCURSO

CORRESPONDIENTE A LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADEMICO 1988-1989

POR EL

Excmo. Sr. Dr. D. Salustiano del Campo Urbano

CATEDRATICO DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIOLOGIA



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID
1988

LA SOCIEDAD DE CLASES MEDIAS

DISCURSO

CORRESPONDIENTE A LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO ACADEMICO 1988-1989

POR EL

Excmo. Sr. Dr. D. Salustiano del Campo Urbano

CATEDRATICO DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIOLOGIA



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID
1988

R.-29.612

Depósito Legal: M. 32337-1988
Imprime: HISPAGRAPHIS, S. A.

Excmo. Sr. Rector Magnífico,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Señores Profesores y Alumnos de la Universidad Complutense,
Señoras y Señores:

Desde que acepté el honroso encargo de pronunciar este discurso de apertura tomé conciencia de la responsabilidad que asumía en nombre y a propuesta de una Facultad todavía joven, que cuando se llamaba de Ciencias Políticas y Económicas lo encomendó, en 1946, a don Segismundo Royo-Villanova y, en 1953, a don Eugenio Pérez Botija; que al cambiar su nombre al de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales lo confió, en 1961, a don Valentín Andrés Álvarez y, en 1968, a don José Castañeda Chornet, y que llamándose ya, y en una de sus antiguas mitades, de Ciencias Políticas y Sociología habló por boca de don Carlos Ollero Gómez, en 1975. Con todos estos ilustres Catedráticos estudié y me sigo honrando con la amistad del último, de modo que no sorprenderá que me reconozca hoy especialmente dominado por el recuerdo y la admiración al tocarme continuar tan sobresaliente relación.

A estos sentimientos se añaden, además, las serias dudas que me han acosado al buscar por mi cuenta un tema interesante y oportuno. Huelga decir que me ha tentado mucho y ofrece aún, por desgracia, materia bastante para disertar durante horas, la endémica situación universitaria española. He preferido, sin embargo, abandonar en esta oportunidad la autocrítica de la institución y seleccionar para mis breves reflexiones el análisis y la explicación del tipo de sociedad en la que ya estamos viviendo en nuestro país. Por supuesto que a partir de una de las perspectivas posibles y, aun así, dejando al margen otros muy importantes aspectos, tanto teóricos como aplicados, pero con la firme esperanza de mostrar que la Universidad es capaz aún de servir a la comunidad planteándose con rigor cuestiones de gran alcance.

LA SOCIEDAD DE CLASES MEDIAS

INTRODUCCION

El que trataré hoy no es asunto esotérico, pues a él se alude a menudo en entrevistas y declaraciones periodísticas de expertos en sociología, filosofía, política e historia. No hace mucho y refiriéndose a su reciente libro *La nueva Francia*, el historiador Emmanuel Todd describía una «profunda y rápida transformación social que pone en cuestión las raíces del sistema político francés tradicional». Todd llama a este cambio «una revolución cultural real..., ligada a la desaparición de la clase obrera, al desarrollo de la educación secundaria, al crecimiento de las clases medias asalariadas y a la crisis del catolicismo. Imagínense, sugiere, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial desarrollándose simultáneamente en un período de veinte años» (1).

Otro francés, el sociólogo Alain Touraine, ha manifestado recientemente que «estamos viviendo en todas partes una crisis de representación política (ni las derechas son derechas, ni las izquierdas son izquierdas). ¿Por qué? Pues, en primer lugar, porque el conjunto de los empresarios y de los obreros no supone más que el 30 por 100 de la población de Francia, y tal vez todavía menos en Estados Unidos, porque en ambos países han emergido estas famosas clases medias de empleados, de funcionarios, de profesionales, que no se ubican en aquellas dos categorías, sino que forman un gran pantano central. Esta es la causa de que se tenga hoy la sensación —y ya desde hace muchos

años en Estados Unidos— de que la política está flotando, de que está desarraigada de la realidad» (2).

Y el historiador marxista británico Eric Hobsbawm, al explicar el lugar de origen de la revolución socialista, explica que «Marx se equivocó en muchas cosas. El creyó que la extensión de la clase obrera era un hecho determinante. En aquel entonces, Inglaterra era el único país del continente donde la clase obrera suponía la inmensa mayoría de la población. Marx afirmó que la clase obrera era revolucionaria en sí misma, y, bueno, la realidad ha demostrado que no es así. Es decir, la mejora del nivel de vida de los trabajadores introduce modificaciones en su conciencia de clase, crea contradicciones en el interior de la clase obrera. Desde luego, Marx no pudo prever el gigantesco avance que se ha registrado en el nivel de vida de los trabajadores...» (3).

Finalmente, y desde la perspectiva del llamado socialismo real, conviene reproducir también lo que dice el filósofo polaco Adam Schaff: «Ya no se necesita la fuerza humana para la producción. La clase trabajadora está condenada a desaparecer. Políticamente tendrá que cambiar asimismo; estamos viviendo una revolución en el sentido más marxista del término. Tendremos una sociedad enormemente rica, con increíbles dificultades de adaptación de unas estructuras políticas y sociales no preparadas para tal cambio. Hay clases que abandonarán el escenario. La nueva sociedad no tendrá clase obrera. También la clase capitalista desaparecerá. Se formará una nueva clase: la de los propietarios de la información» (4).

Cabe asegurar en este punto que las extensas citas reproducidas, así como otras que podrían también traerse a colación sin demasiado esfuerzo, revelan un consenso que, sin olvidar las excepciones, no hay que menospreciar y, al mismo tiempo, plantean todas o casi todas las claves necesarias para las consideraciones que me propongo hacer: reducción de la clase obrera y florecimiento de las clases medias, crisis de la política tradicional, revolución tecnológica de consecuencias decisivas e invalidez de modelos de organización social en los que se habían puestos las mayores esperanzas.

TEORIAS DE LA SOCIEDAD DE CLASES MEDIAS

En la medida en que la obra de Marx se ocupó de la descripción de las condiciones del trabajo y de la situación de enfrentamiento propias

de la sociedad de su época, pocos son los científicos que ahora la rechazan, si es que existe alguno. Otra cosa sucede cuando hay que aceptar su explicación de los modos sucesivos de producción, de las bases materiales de la existencia y de las relaciones que los hombres establecen históricamente. Casi nadie admite ya, y mucho menos sin cualificaciones, que la lucha de clases se encontrará con el desarrollo del capitalismo y que la polarización entre burgueses y proletarios culminará con la eliminación física de aquéllos. Desde 1917 y poco a poco, su pronóstico se ha ido haciendo menos probable y mayor la evidencia de que su teoría de las clases sociales y de la lucha mortal entre ellas ha fallado en las sociedades avanzadas del primer mundo y seguramente del segundo. A partir de 1945, por otro lado, las teorías marxistas se han debatido en un océano de dificultades, al quedar claro que en Occidente se han alcanzado no solamente mayor prosperidad y mayor libertad, sino también más justicia que en los países comunistas, o del socialismo real. El contundente argumento, nada teórico, desde luego, de tener que construir un largo muro para que la población no se escape, es capaz de desalentar incluso a los más fanáticos de este sistema.

Aunque el sistema conceptual procede de Max Weber, la teoría de las sociedades industriales, que es la que ha ganado la partida al marxismo, floreció en los años cincuenta y sesenta dentro de la expansión reconstructora y desarrollista de la segunda postguerra mundial. Su postulado fundamental es que la gran transformación se produce cuando la población abandona la agricultura y obtiene su sustento en la industria, porque se cambia el modelo de sociedad, pasando de una en la que alrededor del 70 por 100 de los habitantes son campesinos a otra en la que esta cifra se reduce al 5 por 100 o incluso menos, ocupándose el resto en la industria y los servicios (5). La productividad y la elevación del nivel de vida, así como la extensión del bienestar a muchos miembros del proletariado y el aumento de las capas medias, son elementos primordiales en el desarrollo de las sociedades industriales.

Una prolongación de esta teoría —que se convierte así en teoría de la sociedad postindustrial— establece que también varía constitutivamente el tipo de sociedad cuando los servicios dan ocupación a la mitad o más de la fuerza de trabajo. Nace entonces la que algunos llaman sociedad postindustrial, o de servicios, cuya aurora despunta en nuestro tiempo y cuyas características son aún tema de profecías y especulaciones.

Sin duda, el tránsito de la sociedad tradicional a la industrial es un paso progresivo que resiste pocas comparaciones históricas o prehistóricas. Todo muda y profundamente, desde las comunicaciones hasta los sistemas de gobierno, sin olvidar la multiplicación de las profesiones y especializaciones laborales, la extensión de la educación, la secularización y el urbanismo. Una característica de máximo relieve es la burocratización, que para Max Weber no es sino expresión de la racionalización del mundo, a través sobre todo de las grandes organizaciones (6).

La historia de las sociedades industriales más antiguas y consolidadas prueba inequívocamente que los conflictos han menudeado en esta evolución y también que con alguna regularidad se han encontrado salidas institucionales dentro de la democracia para que, incluso los más violentos, no hayan acabado con las libertades individuales y sociales. Cosa que no puede decirse de aquellas otras sociedades, también avanzadas, en las que está vigente la llamada dictadura del proletariado y donde todo se ha sacrificado para conseguir una clase de igualdad que, a la postre, se evapora, llevándose consigo la justicia.

En nuestras sociedades occidentales la institucionalización de los conflictos se ha ido forjando juntamente con el reconocimiento de los derechos humanos en sus sucesivas generaciones —civiles, políticos, y socioeconómicos—, como fruto de un sistema político liberal-democrático que es el de mayor éxito que la historia ha conocido (7). Y digo esto consciente de las muchas imperfecciones concretas que de él conocemos, pero confirmado en su bondad comparativa por haber vivido bastantes décadas de mi existencia como ciudadano de un país carente de democracia.

La lógica del industrialismo, por otra parte, conduce de modo inexorable a la idea de modernización, que no debe confundirse con la de occidentalización o con americanización, si bien tampoco los componentes del estilo de vida que conlleva son totalmente ajenos a las zonas del planeta en las que se han originado. Pero el caso de Japón sigue brillando como el símbolo azorante de una posibilidad de modernización, que sería infundado y erróneo considerar como una anormalidad.

Los científicos sociales que me escuchan habrán advertido que la que he llamado teoría de la sociedad industrial tiene con el funcionalismo bastantes notas en común, ya que ambos parten de la diferenciación social como un hecho insoslayable de la vida humana, y en ella basan

la estratificación social y también el impulso inicial del cambio. En esto, por lo demás, divergen del marxismo, en el que las clases y la lucha de clases desempeñan cometidos análogos (8).

Precisamente, y como una suprema ironía de la historia, la teoría de la sociedad industrial, que rechaza la noción de clase, desemboca en una estratificación dominada por esa metástasis del clasismo que son las clases medias —«grupo que no es grupo, clase que no es clase y estrato que no es estrato», según escribe Dahrendorf (9)—, mientras que el marxismo, cuya tesis propone rotundamente la polarización de la burguesía y el proletariado, no puede desconocer a la postre la preponderancia en las sociedades avanzadas de una clase llamada, según Marx, a desaparecer, porque sus miembros acaban irremediablemente incorporándose a las filas del proletariado.

Para los marxistas, como para los teóricos de la sociedad industrial, un criterio insoslayable de la producción es la distinción entre trabajo manual y no manual, siendo aquél propio del proletariado y, por tanto, más abundante, y éste, característico de la burguesía y, por tanto, menos frecuente. La ley de estos números, además, habrá de conducir, según los autores del *Manifiesto comunista*, al aplastamiento de la clase opresora y a la instauración de un nuevo orden social. «La clase obrera —afirmará Marx, exultante— posee un elemento de triunfo: el número» (10). Pero esto no ha sucedido, y para entender por qué y avizorar los caminos probables del futuro conviene hacer algunas precisiones cuantitativas.

OCUPACION Y ESTRATIFICACION SOCIAL

Como acabó de señalar, los marxistas encuentran múltiples dificultades a la hora de explicar por qué Marx ignoró hasta tal extremo la potencialidad histórica de las clases medias, si bien aducen que en algunos pasajes de su *Teorías de la plusvalía* (11) y en algunos otros lugares habló del «número constantemente creciente de las clases medias, aquellas situadas entre el obrero, por un lado, y el capitalista y el terrateniente, por otro». Su predicción, sin embargo, de la eliminación total de la burguesía se llevaba por delante también a las clases medias, compuestas, según él, de «fracciones» de aquella o de clases «transicionales», esto es, supervivientes de formas de producción ya

superadas, a las cuales sólo esperaba la descomposición y la proletarianización (12).

Pero lo que ha pasado realmente apenas guarda relación con esto. Lewis Corey, que rastreó en Marx una temprana visión casi positiva del fenómeno, descubrió en 1945 que mientras la clase obrera de Estados Unidos se había multiplicado por seis entre 1870 y 1940, el conjunto de la clase media lo había hecho por ocho y las nuevas clases medias por dieciséis. «Los directores, técnicos y profesionales asalariados —observó— se han multiplicado por trece desde 1870, pasando de 330.000 a 4.772.000» (13). En tiempos de Marx la vieja clase media duplicaba el contingente de la nueva, pero en 1940 ésta más que triplicaba a aquélla, según los datos de la Oficina del Censo de los Estados Unidos. Y de acuerdo con esta misma fuente, la clase media y la clase trabajadora de ese país evolucionaron entre 1910 y 1982 así: la primera, desde el 21 por 100 hasta el 54, y la segunda, desde el 48 al 44. Paralelamente, el campesinado se redujo desde el 31 al 3 por 100 (14).

El citado Corey supo advertir que el dato más relevante de la estratificación de las sociedades modernas es la presencia creciente de una *nueva* clase media, compuesta de asalariados y muy distinta de los clásicos propietarios y profesionales que integraban las *viejas* clases medias. A estas últimas, Dale L. Johnson las llama patrimoniales, mientras que a las primeras las caracteriza por su función. Según él, las clases medias están hoy constituidas por cuatro fracciones: *a)* los *administradores*, que comprenden hasta los supervisores y los burócratas de nivel medio y cumplen funciones tanto asesoras como ejecutivas en la división técnica del trabajo; *b)* los *profesionales de los servicios*, que son sobre todo empleados estatales y producen valores de uso; *c)* los *empleados semiautónomos*, tales y como el personal científico y técnico y muchos profesionales cuya «semiautonomía» hace referencia a su situación en el proceso laboral, y *d)* los *independientes*, que son restos de la vieja pequeña burguesía que se han transformado profundamente en nuestro siglo (15).

Estos esquemas, cuyos autores se encuadran dentro del marxismo, son menos simples y más incompletos que el de Goldthorpe, que incluye dentro de las viejas clases medias establecidas a los profesionales independientes y a los grandes propietarios, y dentro de las que él llama marginales, a los pequeños propietarios, artesanos autónomos y otros trabajadores por cuenta propia. Las nuevas clases medias, a su vez,

comprenden como establecidos a los profesionales asalariados, gerentes, técnicos superiores, administradores y funcionarios, así como a los empleados de cuello blanco, técnicos de grado medio y capataces, en calidad de marginales.

De todas maneras, la «evolución» de las clases medias ha sido abiertamente reconocida, incluso por los marxistas, como la principal responsable de las diferencias que existen en la actualidad entre las estructuras de clase de los países capitalistas avanzados (16). No lo explica todo, desde luego, pero ayuda a entender las relaciones entre los sistemas de estratificación y los sistemas políticos y a valorar el equilibrio de las diferentes clases en el interior de cada sociedad. De aquí la trascendencia que reviste el aumento inusitado de unos cuantos grupos de la estructura ocupacional en las sociedades industriales. En torno a 1980, la suma de los profesionales, técnicos y asimilados, directores y funcionarios, personal administrativo y asimilados y comerciantes y vendedores alcanzaba en Canadá el 48,2 por 100 de la población activa; en Estados Unidos, el 49,4; en Suiza, el 48; en Japón, el 44,7, y en la República Federal Alemana, el 44,1 (17).

Esta definitiva y voluminosa expansión de los grupos medios indujo a los autores más solventes a proclamar en los años sesenta la superación de la dicotomía de clases. Así, Ossowski, en su importante e influyente estudio sobre la estructura de clases en la conciencia social, proclamó hace un cuarto de siglo que el criterio marxista de la clase social ya no resultaba entonces totalmente aplicable a los países capitalistas, concluyendo que «el concepto de clase característico del siglo XIX se había convertido en buena medida en un anacronismo y los antagonismos de clase podrían ceder el puesto a otros antagonismos sociales» (18).

REFLEXION SOBRE EL CASO DE ESPAÑA

Las observaciones anteriores encuentran una confirmación singular en nuestro país, donde, como es notorio, en poco más de una década la magnitud del cambio social, y no digamos el ritmo, duplicaron al registrado en el par de siglos precedente cuando menos. España se transformó en una sociedad industrial a partir de los últimos años cincuenta y al producirse la muerte de Franco se encontraba madura para la aceptación sin traumas del sistema democrático (19).

Esta y no otra es la clave principal de una evolución política que era imposible soslayar, no solamente por la atracción que la realidad institucional europea ejercía sobre nosotros, sino también por las transformaciones tanto socioeconómicas como culturales que se habían venido dando. Hay quien, frente a esta interpretación, mantiene la peregrina tesis de que en el fondo la transición de la que tan orgullosos nos sentimos no es más que un proceso de reconstrucción de la hegemonía burguesa, que únicamente podría evitarse mediante «la formación de un nuevo movimiento de resistencia al capital, en el que junto a la clase obrera, en un sentido estricto, vuelvan a alinearse extensas fracciones de las clases medias bajas, de nuevo reconciliadas con sus orígenes, al reconocerse como una parte más del *trabajador colectivo*» (20). Semejante violación superestructural de la realidad de unos cambios que sólo pueden ocultarse al entendimiento angosto de un marxista puro, no es, pese a su talante hegeliano, una interpretación concurrida.

Se imponen a diario el consenso que recaba y consigue un sistema cada vez más estable y la evidencia que proporciona el análisis político comparado. La desgraciada y monótona sucesión de democracia y dictadura que caracteriza a la mayoría de los países hermanos de América no se debe a ninguna inferioridad objetiva de ellos respecto a nosotros, sino a que allí jamás se ha dado tan favorablemente la modernización previa del sistema socioeconómico que antecedió aquí a la democracia. Tampoco los españoles fuimos capaces de instaurarla pacíficamente, o de verdad, ni en la época de la Primera Restauración, ni después de la Dictadura de Primo de Rivera, y precisamente por la mismísima causa.

Un socialista perspicaz, el profesor Tezanos, estimó en 1984 el crecimiento de los cuatro grupos ocupacionales ya citados entre 1950 y 1981, y descubrió que su volumen pasó en España de ser el 13,9 por 100 de la población económicamente activa a ser el 33,4. Además, también halló que el conjunto de los profesionales liberales, más el personal de servicios, más el personal administrativo, comercial y técnico, más los empresarios, gerentes y directores, más los empresarios sin asalariados y los trabajadores independientes aumentó entre 1965 y 1984 del 34,5 al 51,8 por 100 de la población activa, en tanto que la suma de los obreros sin especializar, los obreros agrícolas, los propietarios agrícolas sin asalariados y los obreros especializados, disminuyeron entre ambas fechas desde el 64,9 al 45,5 por 100. En 1984, según sus cálculos, el sector de autopatronos e independientes, dentro del que denomina bloque de clases propietarias, y el sector de trabajadores no

manuales y de servicios, dentro del bloque de clases asalariadas, es decir, las clases medias para entendernos, abarcaban ya el 60,3 por 100 de la población activa ocupada y ello sin incluir a los 82.400 profesionales de las Fuerzas Armadas (21).

Con el aumento de unos sectores y la disminución de otros, España ha ingresado en la categoría de sociedad de clases medias, y, como ya he indicado, sobre esta realidad se asentó con firmeza el sistema democrático de la Constitución de 1978, que reconoce el pluralismo político (art. 1), la libertad de enseñanza (art. 27), el derecho a la propiedad privada (art. 33), la libertad de empresa (art. 38), la economía de mercado (art. 38) y los principios del mérito y la capacidad (art. 103); todos ellos, valores característicos de las sociedades avanzadas.

De este modo, nuestra Ley Fundamental configura también un modelo de sociedad cuya manipulación no entrega a la voluntad de ningún Gobierno concreto, pues todos deben literalmente velar por él y respetarlo. Lo cual no quiere decir que no se encuentre sometido a tensiones y hasta, alguna vez, haya sido puesto en peligro grave desde su promulgación. Ni tampoco que los diferentes grupos políticos estén igualmente próximos a los intereses de las clases medias. Sin embargo, no son solamente Alianza Popular (22) y sus coaligados de ocasión los que plantean con mayor o menor acierto la defensa de estos intereses, sino que el propio Partido Socialista ha hecho propósito especial suyo el de transformarse en intérprete de la principal base social —que no es clase— e incorporar a su proyecto político los que llama nuevos sujetos, que se agrupan en tres grandes núcleos: «*nuevas clases medias*, integradas especialmente por profesionales y sectores con un mayor componente de proyección en la prestación de servicios públicos, o que trabajan en el sector público; sectores de las *viejas clases medias*, que están siendo afectados en su *status*, o en su situación económica, o en sus intereses de otro tipo, por el proceso de industrialización avanzado; personas *periféricas al mercado* de trabajo (desempleados, jubilados, amas de casa, estudiantes, etc.), personas que por lo general no ven definidas sus motivaciones políticas por la lógica del sistema industrial clasista y entre las que cada vez son más frecuentes las situaciones de deterioro de sus posiciones sociales, con un aumento de su marginación de los cauces políticos tradicionales (instituciones, partidos políticos y sindicatos)» (23).

La extensa cita que acabo de reproducir constituye un ejemplo mayúsculo de pragmatismo, a partir, desde luego, del reconocimiento

explícito durante los Encuentros de Jàvea de que «los partidos socialistas en Europa no han logrado aún alcanzar un apoyo estable de la mayoría absoluta de la población (más del 50 por 100 de los votos), que permita establecer una situación de clara *hegemonía* dentro del marco de funcionamiento de la democracia» y de que para conseguirlo precisan un *ensanchamiento de su base social y política* (24). Lo cual es, sin duda, hablar claro y, desde mi punto de vista, con bastante sentido sociológico, sobre todo teniendo en cuenta que ni la clase social ni los grupos políticos son ya ámbitos de identificación demasiado fuertes dentro de la población española y dado que, según una encuesta de 1985, los mayores niveles de identificación grupal se daban; precisamente y de manera destacada, en los ámbitos sociocultural y generacional (25). Por otro lado, diversos autores han advertido también la debilidad de la conciencia de clase que tienen los obreros españoles. Así, y según Pérez Díaz, sólo el 37 por 100 se identifica como clase obrera, mientras que un porcentaje igual lo hace como clase media (26).

Por otro lado, la autoubicación de clase social de los españoles no muestra diferencias con la que se da en países como el Reino Unido. Allí, en 1986, según el informe de 1987 sobre las Actitudes Sociales Británicas, el 46 por 100 se consideraba de clase media —alta, media o baja—, y el 48, de clase trabajadora, mientras que en España, en 1988, según el CIS, el 47 por 100 se situaba asimismo en el ancho sector medio y el 45 por 100 se veía como clase trabajadora (27). En tales condiciones es comprensible que la discusión ya no se atenga a que los integrantes de las clases medias aumentan y los de la clase trabajadora disminuyen, sino que se extienda al asunto de si se da o no en las sociedades avanzadas un proceso de proletarización o de desproletarización.

LAS NUEVAS TECNOLOGIAS Y LA ESTRATIFICACION

E. Olin Wright y Bill Martin se han planteado recientemente este problema con gran rigor, a partir de la revolución científica y tecnológica que estamos viviendo y que se manifiesta en los microprocesadores y en la electrónica en general, que no solamente han puesto a nuestro alcance nuevos productos, sino que han promovido también una enorme transformación de la base técnica de la producción y un cambio

masivo de las estructuras sociales y económicas, adentrándonos decisivamente en la llamada sociedad postindustrial, de la información o de servicios (28).

Los autores mencionados utilizaron en esta oportunidad el término proletarianización en el sentido de destrucción de puestos de trabajo no manuales y de creación de otros de esta misma naturaleza, e ignoraron con toda intención la definición de Braverman de este proceso como pérdida de cualificación o de control sobre la producción (29). Asimismo tuvieron en cuenta un trabajo anterior del mismo Wright, en colaboración con Singelmann, en el que hallaron que durante los años sesenta se habían dado simultáneamente sendos procesos de proletarianización y de desproletarianización (30). En conjunto, el resultado del análisis efectuado muestra que en los años sesenta se ha impuesto la tendencia a la desproletarianización en Estados Unidos y se han invertido dramáticamente las corrientes anteriores contrarias. La conclusión es, así, inequívoca para ellos: «Los resultados son más consistentes con la tesis de la sociedad postindustrial que con la tesis marxista de la proletarianización» (31). Incluso, afirman, si los expertos y los supervisores se incluyeran dentro de la clase obrera en sentido lato, seguiría siendo cierto que en los años setenta la clase obrera ha declinado (32).

Una consecuencia trascendental de este importante estudio es la propuesta que Wright y Martin hacen de incorporar los argumentos de la teoría postindustrial al análisis marxista, replanteándolos en términos de clase. El núcleo de la teoría marxista es, recordémoslo, que la explotación, la estructura de clase y la lucha de clases son los conceptos básicos para entender la dinámica de las sociedades capitalistas, en tanto que el de la teoría de las sociedades postindustriales consiste en que la revolución científica y técnica está engendrando cambios decisivos en las fuerzas de producción de las sociedades industriales y creando posibilidades institucionales y personales hasta ahora inexistentes. De este modo, ellos buscan redefinir la explotación en términos del control sobre la organización y las cualificaciones técnicas antes que haciendo referencia al control sobre el capital.

Conviene evocar aquí que, en los años sesenta y setenta, analistas sociales como Gorz (33), Mallet (34), Touraine (35) y Gouldner (36) creyeron ver en los nuevos componentes de las clases postcapitalistas —en la nueva clase obrera sobre todo— un fuerte potencial anticapita-

lista y que ahora esta posibilidad parece esfumarse ante la capacidad del capitalismo para desarmarla. Por un lado, los intereses de clase —por decirlo así— de las clases medias de las sociedades capitalistas avanzadas aparecen estrechamente ligados al capitalismo y, por otro, sus orientaciones ideológicas y su comportamiento político no son deducibles directamente de su adscripción clasista. No ofrece ninguna duda, por ello, que el análisis de la formación política e ideológica de la clase media ha de ganar en importancia en cuanto instrumento para conocer el porvenir que espera a las sociedades capitalistas avanzadas (37).

Para valorar el fracaso del marxismo en la comprensión de la clase media de estas mismas sociedades reviste importancia crucial entender y aceptar que ninguna teoría del pasado puede explicar lo que en el momento en que se formuló ni siquiera existía. Y la verdad es que la actual clase media no tiene ayer. No es que en nuestro tiempo se haya proletariado, sino que se ha formado y desarrollado. Al final de la primera guerra mundial, Inglaterra contaba con menos del 16 por 100 de sus trabajadores industriales en actividades no manuales, desde un 5 por 100 que eran a lo sumo en 1900. Las mujeres han ingresado masivamente en el ejército de los asalariados desde esa fecha, y las familias en las que el marido y la mujer trabajan se han multiplicado recientemente. Como señala agudamente Giorgio Gagliani, el cambio más significativo acontecido en las sociedades avanzadas no es la conversión de los productores independientes en trabajadores desposeídos y alienados, sino la de los trabajadores manuales autónomos en asalariados. Hemos pasado de una sociedad en la que la mayoría de los trabajos eran manuales, a otra en la que lo son los no-manuales, y de una en la que las mujeres no salían de casa a trabajar, a otra en la que así lo hace una fortísima proporción (38).

En tal situación, el reconocimiento explícito por parte de los marxistas de las sociedades avanzadas actuales como sociedades de clases medias y su sugerencia, que tanto tiene de rendición, de asumir los argumentos básicos de la teoría del postindustrialismo, acrecienta el valor de lo que los sociólogos no marxistas han venido practicando. Concretamente, su evaluación de las repercusiones de las nuevas tecnologías en la productividad de los trabajos y en la formación de una nueva estructura ocupacional (39).

ALGUNAS CARACTERISTICAS DE LA NUEVA SOCIEDAD

Posiblemente sea Adam Schaff el autor que más atención ha prestado recientemente a las repercusiones sociales, económicas, políticas y culturales de la Segunda Revolución Industrial. Un primer efecto será el paro masivo, con la eliminación de decenas de millones de empleos, o centenares a escala mundial, que también se dará en los países socialistas. Estas personas deberán ser mantenidas por el Estado y la productividad de la economía lo permitirá, pero es evidente que el problema estructural no termina ahí. En opinión de Schaff, el intervencionismo público aumentará y la desembocadura institucional será un llamado «sistema de economía colectivista».

Seguramente las consecuencias más decisivas de la aplicación de la nueva tecnología será social, a saber, la desaparición del sentido tradicional de trabajo, «lo cual producirá la desaparición de los trabajadores y, por ende, también de la clase trabajadora como totalidad de los mismos» (41). Las clases que se extingan serán sustituidas por un estrato de científicos, ingenieros, técnicos y administradores, dado que en la sociedad de la información la ciencia funcionará como fuerza productiva. Políticamente, la cuestión que se planteará es sobre todo la de la participación en la toma de las decisiones y, por consiguiente, la de la continuidad y estabilidad de la democracia. Al fin y al cabo, los hombres se distinguirán por su acceso a la información y será ésta la que dará el poder, de modo que la tentación totalitaria se hará omnipresente y, si no se actúa con acierto, podría llegar a imponerse.

Todo lo cual se resume, a mi modo de ver, en que la integración es el principal problema de las sociedades postindustriales, entendidas como prolongación histórica de las industriales, pero con un marcado acento de ruptura tecnológica y científica. Es preciso llamar la atención hacia el diabólico impulso marginador que poseen las sociedades avanzadas actuales y el triste destino al que nos conduciría esta tendencia de no frenarse su realización plena. Nada se resuelve afirmando que las clases medias han eliminado el clásico enfrentamiento marxista entre los explotadores y los explotados, o reflejando la opulencia económica que nos rodea. Por paradójico que ello pueda parecer, también la dialéctica revolucionaria sirve para integrar, aunque sea de modo sectorial, y, por otra parte, la aparición de la conciencia de pertenecer a la clase media, que emerge con la Revolución Industrial, cierra la larga

etapa de «una sola clase», durante la cual sus escasos miembros se habían sentido identificados con la sociedad tradicional (42).

En esta segunda mitad del siglo XX se ha constituido el modelo de sociedad de clases medias, alzándose sobre el casi total hundimiento de los aislados restos de sociedad aristocrática llegados a nuestros días, así como sobre la insatisfactoria experiencia de las sociedades proletarias, definitivamente derrotadas por la prosperidad que hacen posible la aplicación de la ciencia moderna y el desarrollo tecnológico y también la libertad de acción económica. La igualación para abajo no produce felicidad y la difusión de las formas de vida propias de las sociedades urbanas e industriales desaloja de las mentes de los ciudadanos aspiraciones cuyo exclusivo apoyo es la ideología. Esto sin contar con que las sociedades de clases medias no carecen de valores morales y que algunos son tan importantes como la eliminación del hambre y la enfermedad en bien de todos los ciudadanos. Lo que sucede es que ni la satisfacción de las necesidades materiales lo es todo, ni la adecuación de la conciencia moral a las nuevas condiciones materiales de existencia se produce de la noche a la mañana. En especial, cuando el cambio social es tan rápido como el que se da en nuestros días.

Desde el punto de vista del ciudadano, las principales vías de integración en el sistema social de las sociedades industriales han sido hasta ahora tres: la familia de procreación, el puesto de trabajo y el grado de educación que se alcanza. Pues bien, todas ellas se encuentran en estos momentos presionadas y sometidas a una redefinición profunda, debido sobre todo a cosas que suceden en otras partes del sistema. Así, el número de familias en las que ambos esposos trabajan se ha triplicado desde 1960; la aportación de la mujer a los ingresos familiares supone ya cerca del 40 por 100; el divorcio ha tomado proporciones sin precedentes, y el ciclo de vida unilineal de las familias de antaño ha sido sustituido por otro más tortuoso y enrevesado. Hoy, diversos modelos de vida en común compiten con la familia nuclear, que a menudo además sobrevive incompleta. ¿Hasta qué punto puede así cumplir, entonces, la vida en pareja, o en familia, la función compensadora del anonimato y de las frustraciones laborales que los sociólogos del industrialismo le han venido asignando?

Hoy, por otra parte, la posibilidad de establecer una nueva familia difícilmente puede cumplirse pronto, ya que el 40 por 100 al menos del paro que existe en las sociedades avanzadas, y casi el 50 de los alrede-

dor de tres millones que hay en España, corresponde a los que todavía no han cumplido veinticinco años y, por tanto, se ven impedidos de insertarse en un sistema social cuyas deudas a largo plazo recaerán, sin embargo, sobre sus hombros. El trance de los jóvenes en las sociedades avanzadas, y mucho más en alguna como la nuestra, no es envidiable. Les resulta imposible la emancipación por no encontrar trabajo y tampoco pueden adquirir responsabilidades ni arraigo familiar propios. Es verdad que los sistemas educativos se han ampliado, pero lo han hecho alejándose lo más aprisa que han podido de su conexión antigua con el mercado de trabajo y también de toda noción de calidad. A partir de una determinada edad de los alumnos, por no decir en todas, las instituciones educativas públicas ejercen hoy más una función de hogares infantiles y juveniles para la custodia, que de centros de preparación para ingresar en la vida laboral.

Es notoria la irrelevancia para la actividad económica de buena parte de lo que se enseña y aprende en el sistema público docente de España y es loable, por ello, la intención de ajustar la oferta de formación a la demanda de los empleadores. Lo que raya en lo pintoresco es que se pretenda, por ejemplo, conseguirlo en el ámbito universitario intentando multiplicar titulillos insustanciales, que contrastan con la realidad del considerable paro de licenciados que registran las estadísticas. En cambio, lo que en la sociedad florece es una vasta panoplia de «masters» de toda índole, que se reservan en su inmensa mayoría a la iniciativa privada. A su vez, la calidad que, mírese por donde se mire, exige siempre la selección, se ha perdido de vista en el sector público tanto para el profesorado, que se prefiere casero aunque sea mediocre, como para los alumnos, que sólomente se disputan de verdad los puestos disponibles... en los cursos de verano.

Hay, pues, una fuerte marginación de los jóvenes, pero esto no es desgraciadamente exclusivo. Conocida es también la marginación de nuestras mujeres, con una de las tasas de actividad más bajas de Europa y una situación laboral bastante inferior respecto a la del hombre. Y ha aumentado sin género de dudas en estos años la situación desfavorable de los mayores de cincuenta años, a los que, a través de reconversiones, jubilaciones anticipadas y otros medios parecidos, se los está excluyendo sistemáticamente del terreno principal de juego de la vida social. Particularmente contradictoria es esta política con la amenaza de quiebra del sistema de Seguridad Social, que algunos eco-

nomistas ya fechan incluso, y muestra una gran inconsciencia el adelantamiento de la edad de jubilación de numerosos servidores públicos, que actúan en campos donde la experiencia añade valor a la formación técnica y donde los años no suponen desventaja para el ejercicio de los cometidos específicos. Me refiero, claro está, a la purga burocratizada de jueces, catedráticos y otros funcionarios, sin más base que la fijación arbitraria de una edad, en contra de sus derechos adquiridos y de sus expectativas legítimas y sin tener en cuenta la idoneidad para el desempeño de la misión que se les tiene encomendada. Curiosamente, nuestra Constitución no incluye entre las bases para la discriminación a la edad, pero su espíritu no puede ignorar que excluir únicamente a causa de la edad es también discriminar, de modo que parece imponerse que el Tribunal Constitucional confirmará esta interpretación con el fin de no privar al Estado de los funcionarios capaces que han llegado a una determinada edad en condiciones óptimas de rendimiento y para no hacer que lo que originariamente se concibió como una medida protectora de los individuos acabe convertida en una agresión a su personalidad.

A la marginación de jóvenes, mujeres y mayores se une, por supuesto, la de millones de pobres, que se componen principalmente de estas tres categorías y crecientemente más de ancianos. Un grupo intermedio, principalmente masculino y entre los treinta y cincuenta y cinco años, domina la estructura social y reparte o niega las oportunidades colectivas, respondiendo a las ocurrencias imprevistas de una evolución social que ni ha estudiado ni entiende y que a menudo quiere abordar con ideas presuntamente ingeniosas o lamentablemente ingenuas, como las que ayudan sin inmutarse a la transformación de nuestras cárceles en auténticos lazaretos de enfermos o portadores del SIDA, so pretexto de que ni siquiera en esta población, cautiva por antonomasia, se pueden hacer guardar el orden y la ley.

Nuestra democracia, en cuanto sistema político de una sociedad avanzada, se enfrenta así a un grave problema de integración o de marginalidad, según sea la vertiente desde la que se prefiera contemplarlo. Es, huelga decirlo, un régimen legítimo, pero ello no la exime de la necesidad de ser eficaz, y la eficacia política, desde Aristóteles hasta nuestros días, consiste en poner los medios para que los ciudadanos vivan felices en el sentido más amplio de la palabra. Ni más ni menos que en eso. Es verdad, me apresuro a decirlo, que lo descrito no nos pasa solamente a nosotros, pues en el horizonte se cierne la amenaza

de la llamada sociedad de los tres tercios, pero también lo es que nos sucede en mayor grado, o que empeoramos las cosas tomando decisiones injustificadas, caprichosas o sencillamente necias, que intentamos escudar tras el calificativo de progresistas.

EL CAMBIO EN LOS VALORES

A este ilustre auditorio no puede haberle pasado inadvertido que los serios problemas a los que me acabo de referir no tienen demasiado que ver con la opulencia de nuestras sociedades. Hoy España es capaz de sostenerse y manejarse económicamente con una tasa de paro escandalosa, pero moralmente el incremento de esta marginación es de todo punto inaceptable. No es tanto un problema económico, ni sólo como tal debe abordarse, cuanto social. Lo cual no es sorprendente si advertimos que el estudio empírico de los cambios axiológicos en las sociedades avanzadas ha mostrado que, llegados a un cierto nivel de renta *per cápita*, tal vez los 3.500 dólares, determinados problemas que antes eran puramente económicos dejan de serlo y se transforman en sociales. La relación entre desarrollo económico e igualdad de ingresos es curvilínea, debido a que —según señala Inglehart— los factores económicos tienden a ser decisivos en condiciones de escasez, pero el papel desempeñado por otros factores aumenta su importancia a medida que esta escasez se reduce o tiende a desaparecer (43).

Przeworski y Wallerstein (44) han demostrado mediante un modelo matemático aplicado a su perspectiva marxista que, bajo determinados supuestos, los trabajadores y los capitalistas materializan más o menos formalmente un compromiso: éstos acceden a la instalación de instituciones democráticas a través de las cuales aquéllos pueden presionar para el logro de ventajas materiales, y los primeros consienten en que el capital obtenga beneficios con la garantía de que serán invertidos productivamente y, gracias a ello, los grupos con menores ingresos no se oponen a que subsistan las desigualdades económicas. Esta versión del consenso dentro de las sociedades avanzadas explica que cuanto más se adelanta en dirección a la igualdad total dentro de un sistema social, más se erosiona la base política de apoyo para lograrla. «Irónicamente —observa Inglehart—, los progresos ulteriores hacia la igualdad ya no procederán del énfasis que se ponga en el conflicto materialista de clases, sino de apelaciones al sentido público de la justicia, la solidaridad social y otras motivaciones de orden no material» (45).

La falta de entendimiento y de respuesta por parte del poder político a problemas reales de las sociedades jamás consigue embalsarlos de un modo definitivo. Es obvio que la historia de Occidente exhibe una amplia muestra de soluciones a conflictos que podrían haber dado al traste con más de un sistema social concreto de no haberse inventado y puesto en práctica. Tales conflictos se han institucionalizado y el mérito de haberlo conseguido corresponde a los Estados, que han tomado progresivamente la forma de Estado de Bienestar. Pero ninguna respuesta se improvisa y con frecuencia ocurre que desde el seno de las propias sociedades se abren vías para encauzar contradicciones y dificultades que no pueden esperar. En mi opinión, una interpretación plausible de la llamada economía oculta, o sumergida, aconseja considerarla como un fenómeno mucho menos excepcional de lo que comúnmente se cree. En toda sociedad, y a menudo por desgracia, hay siempre un conjunto de actividades lícitas que por motivos diversos sólo pueden realizarse en la sombra, o por debajo de la superficie. Allí donde la ortodoxia religiosa ahoga, la heterodoxia se esconde y disimula; allí donde la dictadura política reprime, la disidencia democrática busca y halla maneras de actuar y triunfar; allí, finalmente, donde las rigideces superestructurales de la economía fuerzan a grandes masas a la marginación y al paro, la economía sumergida ofrece una salida, por lo menos provisional, a las angustias de la situación.

La economía oculta constituye una parte tan verdadera de la economía de un país como la llamada política oficial lo es de la real. La cuestión está en que esta contraposición no puede mantenerse permanentemente, por las mismas razones por las que ningún sistema social que produzca marginaciones de la magnitud de las referidas antes puede considerarse eficaz a medio plazo, por grande que sea su legitimidad democrática. Tiene la obligación de buscar la integración de sus ciudadanos, y ésta, en una sociedad de alta productividad, no es un objetivo económico, sino social. El camino, emprendido ya incluso por bastantes partidos de izquierda, es la desregulación, la flexibilidad, la eliminación de las rigideces, la devolución a la sociedad de una autonomía demasiado invadida hasta aquí por el Estado. Pero todo esto es más fácil de decir que de hacer, y especialmente difícil si no se desechan prejuicios ideológicos claramente superados por la evolución social.

VIEJA Y NUEVA POLITICA

El tránsito de un sistema de valores materialista a otro postmaterialista viene acompañado de reinterpretaciones oportunas y necesarias de actividades e instituciones. Así, el trabajo ya no va a concebirse en adelante como el cumplimiento de una sanción, sino que su índole predominantemente no manual y especializada y su condición de escasez presagian que se ha de convertir en un auténtico privilegio. A su vez, el tiempo libre irá ofreciendo progresivamente más posibilidades e incentivos para el desarrollo de la propia personalidad y afianzándose su empleo en un sentido más próximo a la *sjolé* griega. Y en esto corresponderá un papel fundamental a los sistemas educativos, que dejarán de ocupar a los individuos durante unos años de formación, como ha venido sucediendo hasta ahora, para entretenerse decisivamente con la vida activa, en una síntesis de enseñanza y aprendizaje permanente y no sólo para un trabajo o una vocación, sino para los varios que se pueden desempeñar durante una larga y saludable existencia (46).

Además, los medios de comunicación de masas —transformados por la tecnología— jugarán un papel de enorme trascendencia (47). No sólo por su contribución a un sistema educativo en espiral, como el mencionado, sino sobre todo por su apoyo a los fines de una sociedad plenamente democrática. La microelectrónica aplicada a la información presenta una doble cara, en cuanto ofrece un grandísimo potencial para el desarrollo de las libertades humanas y también porque plantea una amenaza de calibre no menor a esas mismas libertades. El control del acceso a la información, que ha de ser el gran bien futuro, si es tomado y ejercido por un grupo oligárquico puede acabar convirtiendo la democracia que nuestros países occidentales viven hoy en un corto sueño con un amargo despertar. Y en el otro extremo se sitúa la posibilidad real de participación directa de todos los ciudadanos en la toma de decisiones, que supondrá históricamente la plenitud del régimen democrático.

Por otro lado, si la polarización política basada en el antagonismo de las clases deja de tener sentido en la sociedad de clases medias, ¿qué confrontación la sustituirá? Sobre esto es posible ya decir algo, apoyándonos en experiencias vividas durante el último cuarto de siglo. En este período, la carencia de terreno firme para la antigua distinción ideoló-

gica ha dado origen a figuras políticas de gran ambigüedad y, al mismo tiempo, al reconocimiento por parte de los profesionales de la política de las dificultades que les impiden poner en práctica sus programas. Así, el Vicepresidente del Gobierno Italiano, Gianni de Michelis, ha podido declarar recientemente que «la alternativa de izquierdas ya no existe. No existe desde hace muchos años. No existe ni en Francia ni en España. Podría tener un sentido en los años sesenta, cuando en todas las sociedades europeas existía la posibilidad de un choque frontal entre la izquierda y la derecha. Pero eso se ha acabado cuando, prácticamente, ha desaparecido la clase obrera y, diría, la clase burguesa. Porque hoy la diferencia entre un obrero y un empleado es mucho menos neta que ayer. Hoy, la única posibilidad política es la de sistemas de oscilación entre derecha-centro e izquierda-centro. El caso español es sintomático. El PSOE ha realizado una hegemonía de izquierda-centro. El Gobierno de Felipe González es una coalición entre el PSOE, partido de izquierda reformista, y la parte de centro coaligada alrededor de Felipe, que es el garante de la gobernabilidad» (48).

Desde la perspectiva de la derecha moderna, probablemente ha sido Giscard d'Estaing quien mejor ha conceptualizado lo que puede conseguirse homologando clases medias y grupo de centro, con vistas al logro y ejercicio del poder político. El destino de los giscardianos aparece así ligado a unas clases medias, la novedad de cuya composición consiste en sumar a los sectores intermedios clásicos la que puede denominarse aristocracia obrera: técnicos, contra maestres y obreros cualificados, habiéndose homogeneizado el grupo resultante sobre la base de unos valores comunes, la acción de los medios audiovisuales y la participación en unos mismos bienes culturales (50).

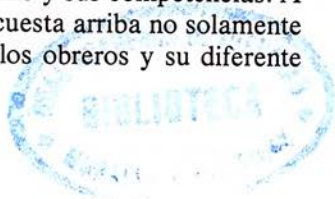
Tal definición sirvió al antiguo Presidente de Francia para establecer, mediante la homología de lo social y de lo político, la legitimación del centro como sigue: a una sociedad de clases medias le corresponde una política de centro, que se organizará y ejecutará alrededor de un «grupo central», creador de la mayoría democrática, y, según completa Lionel Stoleru, «la alternancia política en Francia se constituirá sobre este “grupo central”, que unas veces se recargará a su derecha y otras a su izquierda» (50).

Por supuesto, esta base social exige una estrategia de formación y acción que tiene que tener en cuenta sus componentes, siquiera admite

variantes que no entra en mis propósitos apuntar aquí. A todos hay que recordarles sus intereses, eso desde luego, pero a los sectores más tradicionales se les convencerá agitando ante ellos la amenaza del «colectivismo» y haciéndoles ver que, al pretender conservarlo todo, corren el supremo riesgo de perderlo todo; a las fracciones más «dinámicas» la propuesta debe de ser de «reforma» y «cambio». Lo que sucede es que para la mayoría de ellas el cambio y la reforma se identifican o con una cierta idea de la izquierda o con los nuevos movimientos sociales. Y de este modo se introducen en el discurso del centro el liberalismo cultural y toda una serie de temas defendidos por la llamada «nueva política» (51).

Precisamente en la discusión de la evolución desde los valores de las sociedades industriales a los de las postindustriales, Flanagan acusa a Inglehart de que la confunde con el cambio hacia la que él llama nueva política y que distingue a la nueva izquierda de la nueva derecha. Así, en el programa de aquella se incluyen la liberalización del aborto, la liberación de la mujer, los derechos de los homosexuales y otros temas de la nueva moralidad: la protección del medio ambiente, la oposición a la armas nucleares, la defensa de la calidad de vida, la exigencia general de mayor participación en la toma de decisiones y los derechos de las minorías. A su vez, el programa de la nueva derecha comprende la defensa del derecho a la vida, el creacionismo, la lucha contra la pornografía, el mantenimiento de los valores religiosos y morales tradicionales, el Ejército, el patriotismo, la conservación del orden, la oposición a la inmigración y a los derechos de las minorías y el respeto a la autoridad y a sus símbolos (52). De este modo, el autor distingue entre dos tipos de cambios axiológicos cuyos factores causales son diferentes. Por un lado, se trata del eclipse de la importancia de los temas económicos y, por otro, de la constitución de nuevas preferencias, a veces incluso sin demasiada coherencia, dentro de los temas de la nueva política. En estas últimas parece apreciarse un movimiento gradual desde la nueva derecha a la nueva izquierda en función, sobre todo, de la edad y de la educación (53).

A nadie puede extrañar que la introducción de las nuevas tecnologías, juntamente con las transformaciones ideológicas apuntadas, hayan sumido en la mayor de las confusiones a grupos y fuerzas políticas que hasta aquí han tenido muy claros su destino y sus competencias. A los sindicatos, por ejemplo, se les hace muy cuesta arriba no solamente reconciliarse con la reducción numérica de los obreros y su diferente



condición actual, sino también aceptar la pérdida de importancia de lo económico en una sociedad donde lo más grave son la marginación que producen las nuevas tecnologías y las repercusiones últimas de éstas sobre el esquema ideológico. Así, en una encuesta del CIS sobre los trabajadores industriales ante las nuevas tecnologías, los entrevistados opinaron, en contra de la común opinión de los expertos, que la clase obrera continuará existiendo como tal (60,3 por 100) y que la gestión y dirección de las empresas se seguirán llevando como hasta aquí (58,8 por 100) (54).

Sin duda, la incompreensión de lo que significan las nuevas tendencias sociales y económicas no se limita a los dirigentes sindicales y a los trabajadores manuales, sino que se extiende a muchos políticos, intelectuales, profesores, líderes religiosos y otros. Lo que está claro es que hay planteada una decisiva cuestión de futuro en relación con el papel que incumbirá en la nueva sociedad a las diversas instituciones económicas, políticas, sociales y culturales, porque hoy se hacen realidad situaciones antes fracasadas o impensables. En Francia, en 1936, las clases medias respondieron al Frente Popular movilizándose y combatiéndolo, mientras que en 1981 estas mismas clases contribuyeron con su apoyo al fuerte triunfo de Mitterrand en las elecciones, incluso a sabiendas de que nombraría algunos ministros comunistas.

El interés puesto por Giscard en identificar y atraer al que él denominó «grupo central» de la sociedad no es sino un antecedente del que otras fuerzas políticas expresan, cada una desde su emplazamiento particular, por alcanzar el mismo objetivo. Así, en el II Encuentro de Jávea del PSOE se presentó una interesante ponencia sobre el socialismo y los nuevos movimientos sociales, en línea con el reconocimiento de la invalidez del concepto tradicional de «clase social total» y «único sujeto revolucionario». En ella se advierte en estos movimientos «el germen de varias trayectorias políticas posibles», y también la posibilidad de que a medio o largo plazo puedan decantarse por favorecer a «una de las dos grandes opciones en liza en el escenario europeo: el neoconservadurismo populista o el socialismo democrático» (55), por lo cual se propone una estrategia adecuada para atraerlos a su proyecto por razones tanto teóricas como prácticas. Dicha ponencia se inserta en el propósito indisimulado de conseguir sin demora la formación de un amplio bloque de clase hegemónico, que garantice la realización del proyecto socialista (56). Y conviene también en este punto recordar los numerosos esfuerzos hechos por Manuel Fraga para explicar y organi-

zar la que él denomina mayoría natural, que representa una búsqueda de lo mismo o de algo muy parecido, pero iniciada desde la derecha y bajo distintos supuestos (57).

Evidentemente, la aspiración por capitanear un conjunto de sectores sociales que permita el cumplimiento de un programa político concreto que es, así, común a la izquierda y a la derecha, exige que los respectivos proyectos sean amplios y también moderados. Es impensable el aplastamiento del adversario y bastante probable, en cambio, la alianza futura con algunos de los sectores que ahora le apoyan. Además, las fuerzas sociales contrapuestas no solamente no rehúsan, sino que buscan el entendimiento mutuo y con el Gobierno. De este modo, la concertación pasa a sustituir con ventaja a los antagonismos clasistas y las sociedades pueden proponerse alcanzar metas que en caso contrario no podrían conseguir. Pero la concertación trae consigo el fortalecimiento de grupos sociales y asociaciones de naturaleza no directamente política, que dialogan con el poder y a veces logran incluso imponer o vetar determinadas opciones. Todo lo cual hace más difícil la política democrática, pero también la entreaña más en la sociedad y asume el dinamismo de ésta (58).

EL MOVIMIENTO EUROPEO DE CLASES MEDIAS

La negociación y el forcejeo pacífico no se agotan, sin embargo, dentro de los Estados nacionales. A la larga serie de esfuerzos de las clases medias, o de algunos de sus sectores, por organizarse en el marco de los ámbitos soberanos ha sucedido hoy un propósito de hacerlo internacionalmente, cuya interpretación tiene que ver sobre todo con el anhelo de instaurar y consolidar un modelo de sociedad y basar en él el modelo de Estado. Este deseo, huelga recordarlo, es grande en Europa, donde una docena de países están llevando a cabo una de las más trascendentales tareas de nuestro tiempo, que es su unidad, y procuran alcanzarla apoyándose en valores y premisas ampliamente compartidos.

Un interesante libro de Leo Müffelman, cuya primera edición es de 1926, atestigüa las amenazas que se cernían entonces sobre las clases medias del Viejo Continente, que habían dado lugar a la fundación en 1903 de una «Unión internacional para el estudio de la situación de la clase media», así como al surgimiento del que calificó de movimiento

social «peculiar» de la clase media (59). Lo era, en su opinión, por incluir en su seno dos grandes grupos, uno de personas económicamente autónomas y otro de personas dependientes; el primero, que luchaba por su existencia, y el segundo, que iniciaba un florecimiento que luego ha continuado y se ha hecho aún mayor. La razón, según él, de que cupiera en tales condiciones hablar de un movimiento de la clase media «estriba más bien en la unidad de su valoración social que en la semejanza de sus aspiraciones económicas» (60).

En el período anterior a la primera guerra mundial todos los partidos alemanes, con excepción del socialista y de los de extrema izquierda, contenían ya en sus programas una «política de clase media», mientras que al margen de ellos se formaban organizaciones especiales para la actuación político-económica de esta clase. En 1904, la Asociación de la Clase media de Hannover, creada en 1903, se transformó en la Asociación de Clase Media Alemana, con el objetivo explícito de «representar con energía las justas y necesarias aspiraciones para elevar la situación de la clase media decadente, procurando merecer la atención de los órganos legislativos» (61). Al acabar esta guerra, el estado de la clase media aparecía profundamente transformado. Su vínculo anterior con los partidos había impedido la constitución de organismos centrales eficaces y conducido a su sumisión a las políticas de los Gobiernos; sus estamentos inferiores habían experimentado un intenso proceso de proletarianización, mientras otros habían progresado espectacularmente y, de este modo, la comunidad de aspiraciones de la clase media en conjunto se había resquebrajado. Su crisis abierta la dejó así inerte ante los sistemas fascistas y corporativos de la entreguerra, que la utilizaron pronto y a fondo.

Así lo vieron R. Aron, M. Halbwachs y otros científicos sociales de la época, que en 1939 dieron a la luz un interesantísimo balance de la encrucijada en la que se hallaba la clase media en un buen número de países (62). En cuanto a Alemania, como explica Vermeil, las clases medias, deficientemente organizadas y mal representadas políticamente, encajonadas entre las grandes patronales y las vastas organizaciones obreras, acosadas por la inflación y amenazadas por el comunismo y por el nacional socialismo, acabaron por rendirse a éste, que se edificó sobre sus sufrimientos. «En la gran jaula autárquica —concluye este autor—, donde todos son pobres y esclavos del trabajo nacional..., todo el mundo trabaja, sin duda, pero para acabar con el paro el Estado totalitario ha invertido los términos del problema. No habla de nuevas

industrias o de nuevos trabajos para dar empleo a los parados, sino que los emplea para fundar fábricas de armas. En otras palabras, moviliza a unas clases medias a las que la proletarización ha puesto a su disposición», y el resultado es que las clases medias han desaparecido (63).

A su vez, y sobre Italia, Louis-R. Franck sintetizó los cinco pasos que condujeron al país desde 1919 y 1920, momento de apogeo del socialismo y del sindicalismo, así como también del nacimiento del fascismo, hasta la consolidación del corporativismo como el instrumento económico y social de la voluntad de poder del Estado fascista a partir de 1935. Su conclusión, leída hoy, no tiene desperdicio: «Fueran los que fueran los lazos que pudieron en su origen unir al fascismo con las clases medias, los servicios rendidos a Mussolini por la pequeña y mediana burguesía, su hipoteca sobre el régimen y, a la inversa, los compromisos del régimen hacia ella, existe ineluctablemente un antagonismo sustancial entre la estructura social del fascismo y las aspiraciones de las clases medias y una incompatibilidad entre la organización dictatorial del Estado y la autonomía económica o las afirmaciones espirituales de esta clase» (64). En definitiva, las clases medias italianas se empobrecieron y su psicología tradicional se modificó profundamente (65).

El resumen aquí de lo que otros autores escriben en la misma obra sobre las clases medias en Inglaterra, Estados Unidos, Suecia, Yugoslavia y la Unión Soviética precisaría bastante más espacio del que parece razonable consumir, y nos desviaría de nuestro argumento principal. Acaso no esté de más, sin embargo, recoger algo de lo que sobre Bélgica expone Raymond Polin, dado que en este país ya en el quinquenio 1880-1895 se planteó la protección de las clases medias y muy pronto se crearon organismos públicos encargados de esta gestión, que culminaron en 1958 en un Ministerio de Clases Medias que todavía existe. Allí, además, se realizaron encuestas precursoras, como la que inició la ciudad de Gante a finales del siglo pasado y la encargada por el Gobierno en 1936 al Comisario Regio M. Collin. En este mismo país funciona en la actualidad el más importante Instituto Económico y Social de Clases Medias que hay en Europa, con una biblioteca especializada y cuatro secciones: de estudios generales, de investigación científica, de asistencia técnica y de documentación e información. Antes de la segunda guerra mundial se registró también en Bélgica el movimiento rexista, de carácter corporativo y fascista, dirigido por Leon Degrelle, cuyo éxito se asentó sobre la pérdida de votos urbanos tanto de los católicos como de los socialistas (66).

Pero todos estos movimientos se circunscribían a los Estados y su conjunción internacional no encontraba muchas vías practicables. El motivo para aspirar y acudir a una organización de esta naturaleza lo ha proporcionado, precisamente, la construcción de la Europa política, a la que se han adherido ya doce países y que ha dado el paso más importante desde la firma del Tratado de Roma de 1957, con la aprobación en 1986 del Acta Unica. Previamente al establecimiento de las organizaciones internacionales, a las que después me referiré, se fueron creando otras de ámbito nacional, como el Instituto Holandés de Estudios de Clases Medias, en 1929; el belga, en 1947; la Comisión Nacional Técnica Francesa de Clases Medias, en 1949; la Comisión Luxemburguesa, en 1955; el Instituto Nacional Alemán, en 1958, y el Instituto Español, en 1959. Todos, en la estela del Instituto Internacional de Estudios de Clases Medias, ya mencionado (67).

El antiguo temor de las clases medias de nuestro continente a ser aplastadas por el socialismo las ha llevado a agruparse en dos direcciones principales, revitalizando algunos movimientos existentes y fomentando la creación de otros. Ejemplos singulares de lo que digo son el Secretariado Europeo de las Profesiones Liberales, Independientes y Sociales (SEPLIS), con sede en Bruselas, y la Asociación Europea de Clases Medias (EMSU), ambos fundados en 1979. Particular interés reviste la compleja definición de las profesiones liberales, independientes y sociales que SEPLIS hace en el artículo sexto de sus Estatutos: las que reservan a sus autores la independencia y la responsabilidad personal de sus actos profesionales; aquellas cuyos miembros se obligan a respetar un código de deontología y velan por la protección de los consumidores y el interés público y mantienen una disciplina profesional; aquellas cuya actividad no versa de modo principal sobre disposiciones de la legislación mercantil, y, finalmente, las que son susceptibles de establecer relaciones oficiales continuas con las instancias comunitarias. Este Secretariado, por otra parte, sólo admite como miembros activos agrupaciones no lucrativas, constituidas legal o lícitamente de acuerdo con la ley interna de uno cualquiera de los Estados miembros de la Comunidad Económica Europea regida por el Tratado de Roma, que pueden ser de dos clases: Organizaciones Profesionales de la CEE y Organizaciones Internacionales de un Estado miembro (art. 7).

El ámbito de actuación de EMSU es muy diferente. Se presenta como una unión de asociaciones de clases medias cristianodemócratas, conservadoras y de otros partidos no colectivistas de Europa y como portavoz de una política liberal cuyo objeto es conseguir para la clase media el prestigio que le corresponde, de acuerdo con su significado y su papel estabilizador. Actualmente y según el Comisariado de las Pequeñas y Medianas Empresas de la CEE, que se creó en 1986, comparte este campo con otras ocho organizaciones, todas fundadas entre 1958 y 1983: UNICE (Unión de Industrias y Comunidades Europeas), que es la mayor de todas; UAEPME (Unión Europea del Artesanado y de las Pequeñas y Medianas Empresas), con sede en Bonn y 4.500.000 empresas miembros; CECD (Confederación Europea del Comercio al por menor), con 4.000.000 de miembros; FEWITA (Federación de Asociaciones Europeas del Comercio al por mayor, Interior y Exterior), con 4.500.000 miembros; EUROPME (Comité Europeo de la Pequeña y Mediana Empresa), con 4.000.000 de miembros; AECM (Asociación Europea de Clases Medias), muy activa en Bélgica, y CCACC (Comité de Coordinación de las Asociaciones de Cooperativas de la Comunidad Europea), con 400.000 miembros (58).

EMSU, hoy implantada en todos los países comunitarios (69), se concibió desde su fundación en Roma, en abril de 1979, como el conjunto de asociaciones de clases medias y de personalidades que desean hacer de la Unión Europea el destino común de sus democracias libres y que quieren vivir en sociedades abiertas y pluralistas, donde la economía social de mercado permita a cada individuo engrandecer y dar sentido a su responsabilidad y a su libertad. Se propone exhortar al esfuerzo personal y a no asentarse pasivamente en estructuras burocráticas que matan el espíritu de iniciativa. Cree que el campo de la libertad debe defenderse de las intromisiones indebidas del Estado y que el pleno desarrollo de las potencialidades de los individuos en todos los órdenes es positivo y beneficioso para la colectividad y no debe ser objeto ni de represión ni de limitaciones impuestas. Dentro de este marco de aspiraciones caben quienes ejercen profesiones liberales, los que dirigen sus propias empresas industriales, artesanales, comerciales o agrícolas y los que en los sectores económicos, científicos o administrativos ocupan puestos de responsabilidad.

EMSU se pronuncia de modo explícito a favor de un orden social que garantice la posibilidad de desarrollo personal de cada cual, la difu-

sión de la propiedad privada y la seguridad de todos los órdenes de la vida. Lucha, en cambio, contra las tendencias totalitarias y antidemocráticas, contra el dirigismo del Estado, contra las acciones que restringen la libertad individual y atentan contra la dignidad del hombre y se alza frente al colectivismo, el poder tecnocrático y la burocratización, así como contra todos los abusos de poder. Finalmente, y en cuanto a Europa, EMSU aspira a contribuir a la creación de la nueva conciencia europea y a favorecer el entendimiento y la colaboración entre los hombres y los grupos sobre la base de lo mejor que tenemos en común: la cultura de Occidente.

Queda bastante claro al leer su *Manifiesto* fundacional que, a pesar de ser básicamente una agrupación de defensa de las empresas pequeñas y medianas, la política de clases medias que preconiza no consiste sin más en un repertorio de medidas económicas, sino que propugna la elección sin reservas de un modelo de sociedad para la Europa del porvenir. Así lo prueba que en su Congreso de Munich de 1983 solicitase la creación o restauración de la libre competencia y la apertura sin condiciones de las fronteras interiores de la CEE según el modelo Benelux; que en el de Madrid (1985) pidiese la inmediata eliminación del principio de unanimidad y del derecho de veto en el Consejo de Ministros de las Comunidades; que en el de Berlín (1986) expresase su satisfacción por la aprobación del Acta Unica Europea y su exigencia de que se fortalezcan los poderes del Parlamento Europeo, se ponga fin a las subvenciones que distorsionan la competencia ayudando a sobrevivir a empresas ineficaces y se amplíe el Grupo Mixto Interparlamentario de Trabajo de Clases Medias, otorgándole la función de Ombudsmann para la clase media europea, y en el de Atenas (1987) reclamase la nivelación de los diferentes sistemas sanitarios y de seguros de enfermedad públicos o privados, la igualación de los distintos sistemas de protección de la vejez, la invalidez y el desempleo, y el desarrollo de un sistema europeo escolar y de formación profesional, como precondition para la libertad de circulación y de establecimiento de los profesionales.

Todas esas peticiones, así como también otras de naturaleza estrictamente económica, las hace EMSU consciente de que las clases medias europeas son las principales responsables del PNB de todos sus países y de que, como consecuencia de ello, sus impuestos proporcionan a la Administración Pública los fondos que permiten su funcionamiento, así como de que ofrecen el mayor número de puestos de trabajo para la población activa, creando continuamente nuevos empleos a tra-

vés de su disposición para innovar, su flexibilidad y su propensión a asumir riesgos. De hecho, en 1986 los puestos de trabajo existentes en las pequeñas y medianas empresas europeas oscilaban entre el 50 por 100 de la RFA y el 82 por 100 de Irlanda, pasando por el 58 de Suecia, el 62 de Noruega, el 64 de Portugal, el 76 de España y el 80 de Italia. Francia, con el 47 por 100, y el Reino Unido, con el 32, ocupaban los últimos lugares (70).

A MODO DE CONCLUSION

Semejante exhibición de vitalidad es la mejor prueba de que la sociedad avanzada actual y aún más la del futuro, encuentran su fundamento en la solidez y el trabajo de unas clases medias en expansión y en una cultura empresarial y de libre iniciativa. En 1984 la señora Thatcher decía a la Conferencia de Pequeños Empresarios: «En los últimos veinte años, los empleos en Estados Unidos han aumentado de 71 a 103 millones, creciendo más que la población. En la última década, los empleos en Japón han aumentado de 51 a 56 millones. Sin embargo, en Europa occidental, aunque la fuerza de trabajo se ha incrementado, hay tres millones menos de puestos de trabajo que en 1974. Prácticamente todos los nuevos empleos de USA se crearon en las empresas medianas y pequeñas, y eso porque el país tiene una cultura empresarial. Crear riqueza no es un vicio, sino una virtud (...). Y permítanme —continuaba— despejar la falacia de que el trabajo es limitado. Algunos piensan que a medida que aumenta la productividad hay que dividir el trabajo mediante jubilaciones anticipadas y repartos. En realidad, la mejora en las prácticas laborales conduce a salarios más altos, y éstos, a la elevación de la demanda (...). En el pasado, las fuerzas de la tecnología aumentaban la concentración y favorecían las grandes empresas... Hoy, el teléfono y los terminales de ordenador están invirtiendo esa tendencia. Al promover las pequeñas empresas, el Gobierno sigue la marea tecnológica. La revolución de la tecnología de la información augura para ellas una época dorada» (71).

Que las cosas son así se verifica observando que en Estados Unidos se ha registrado una auténtica explosión empresarial, que ha hecho que de crearse 93.000 empresas al año en 1950 se haya pasado a fundarse 600.000 en 1983. De ello son responsables la nueva economía de servicios y en especial la ampliación de los empleos en el sector de la

información: en 1957 sólo el 17 por 100 de los americanos trabajaba en él y ahora lo hacen el 65. Todo lo cual, en conjunto, nos invita a preguntarnos por el sustrato inteligente que ha motivado que el Ministro de Trabajo español nos haya, hace poco, condenado *sine die* y lapidariamente a «convivir con altas tasas de desempleo» (73), justamente por los mismos días en que Daniel Bell, durante su última visita a Madrid, declaraba sin aspavientos que «con las nuevas tecnologías ningún país deberá tener bolsas de paro» (74).

Es cierto que esta última afirmación se opone al pronóstico de desempleo generalizado que hacen Schaff y otros futurólogos, pero no por eso debe ser desatendida. Sobre todo en el cierre de una lección universitaria, pues ninguna que realmente lo sea culmina con una formulación axiomática. Por lo menos en las Ciencias Sociales, en cuyo ámbito de estudio nada hay permanente e inalterable por su naturaleza y donde tanto el optimismo como el pesimismo han sido una y mil veces confirmados. Nos encontramos dentro de un tipo nuevo de sociedad, sobre el que poseemos conocimientos precarios y en el que el objeto de la vida es diferente. En la sociedad preindustrial el hombre se enfrentaba a la naturaleza, en la industrial lo hacía a la naturaleza transformada y ahora su actividad principal es la interacción comunicativa con los demás (75).

La sociedad de clases medias resulta ser, pues, la desembocadura de los sueños de arrumbar definitivamente las clases y los sistemas de estratificación. La dinámica de la diferenciación social y el desarrollo de la tecnología nos han conducido hasta ella y ahora nos incumbe resolver sus problemas y obtener el máximo partido de sus virtudes reales y potenciales. Hemos hablado de la marginación *ad intra*, pero no conviene que olvidemos el egoísmo *ad extra*, especialmente respecto a los países en vías de desarrollo, en los cuales habita el 80 por 100 de la población humana. En una y otra dirección, hacia dentro como hacia fuera, una luminosa palabra nos desvela el signo del porvenir y nos ofrece el instrumento para aliviar las angustias que nos acosan y mejorar la condición de todos: solidaridad. La considero imprescindible ante los retos del futuro y ante las amenazas que se plantean a la supervivencia de la civilización. Como Tocqueville, pienso que sólo una sociedad de clases medias puede sustentar la democracia política y social y garantizar su continuidad y perfeccionamiento.

He dicho. Muchas gracias.

NOTAS

- (1) *Time*, 25 abril 1988, pp. 15-16.
- (2) *Diario 16*, 3 abril 1988.
- (3) *Diario 16*, 19 junio 1988.
- (4) *El País*, 4 octubre 1987.
- (5) Cfr. ANTHONY GIDDENS: *Sociology. A brief but critical introduction*, 2.^a ed., Harcourt Brace. San Diego, 1987, p. 25 y ss. También puede verse mi trabajo *Las clases medias y la movilidad social en la sociedad industrial*. Informe presentado al Congreso del Instituto Internacional de Estudios de Clases Medias. Madrid, 1959. Una crítica en profundidad de la teoría de la sociedad postindustrial en sus versiones de derecha y de izquierda se hace en BORIS FRANKEL: *The Post-Industrial Utopians*. Polity Press. Cambridge, 1987.
- (6) KRISHAN KUMAR («Industrialism and Post-Industrialism: Reflections on a putative transition», *The Sociological Review*, agosto 1976, núm. 3, pp. 439-77) llega a afirmar que «casi todas las características que Bell atribuye a la sociedad postindustrial pueden ser concebidas como una continuación, una destilación, de la exposición de Weber sobre el incesante proceso de “racionalización” en las sociedades occidentales».
- (7) T. H. MARSHALL: «Citizenship and social class», en *Class, Citizenship and Social Development*. Cambridge University Press. Cambridge, 1950.
- (8) JEFFREY C. ALEXANDER (ed.): *Neofunctionalism*. Sage. Beverly Hills, 1985.
- (9) RALF DAHRENDORF: *Class and class conflict in Industrial Society*. Routledge. Londres, 1959, p. 51.
- (10) KARL MARX: *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores*, en K. Marx y F. Engels: *Obras escogidas*. Ed. Akal, 1975, tomo I, p. 396.
- (11) KARL MARX: *Theories of Surplus Value*. Lawrence and Wishart, 1969, vol. 2, p. 573.

(12) Martin Nicolaus ha mantenido recientemente que en Marx existe una verdadera teoría explícita de la clase media en su *El Marx desconocido. Proletariado y clase media en Marx*. Anagrama, Barcelona, 1972. Ver también MARIA ANGELES DURAN: «Notas sobre la teoría marxista de la clase media». *Sistema*, 22 enero 1978, pp. 3-29, y ERIC O. WRIGHT: «¿Qué hay de medio en la clase media?». *Zona Abierta*, 34-35, enero-junio 1985, esp., pp. 106-108.

(13) LEWIS COREY: «The Middle Class», en R. Bendix y S. M. Lipset: *Class, Status and Power*. The Free Press. Glencoe, 1953, p. 373. El primer estudio sobre la nueva clase media es el de EMIL LEDERER: *Die Privatangestellten in der modernen Wirtschaftsentwicklung*. Tubinga, 1917.

(14) DANIEL CHIROT: *Social Change in the modern era*. Harcourt Brace Jovanovich. San Diego, 1986, p. 238. Ver el temprano e interesante trabajo de GUSTAV SCHMOLLER: *Was verstehen wir unter dem Mittelstand?* Vandenhoeck und Ruprecht, 1897.

(15) DALE E. JOHNSON: *Class and Social Development. A new theory of the middle class*. Sage. Londres, 1982, p. 179. Para la distinción entre viejas y nuevas clases medias desde los presupuestos marxistas ver GUGLIELMO CARCHEDI: *On the economic identification of social classes*. Routledge and Kegan. Londres, 1977, p. 89.

(16) Cfr. CARLO CARBONI: «Observaciones comparativas sobre la estructura de clases de los países capitalistas avanzados». *REIS*, núm. 26, 1984, p. 143.

(17) JOSE FELIX TEZANOS: *Sociología del socialismo español*. Tecnos. Madrid, 1983, p. 35. Ver también JOSE CASTILLO CASTILLO: «Las clases medias», en S. de Campo (ed.): *Tratado de Sociología*. Tecnos. Madrid, 2.ª ed., vol. I, pp. 400-422.

(18) STANISLAW OSSOWSKI: *Class Structure in the Social Consciousness*. Routledge. Londres, 1963, p. 184. Ver también F. P. CESARE y F. MIGNELLA CALVOSA: *La nueva pequeña burguesía*. Editorial Nueva Imagen. México, 1980, pp. 70-74.

(19) Ver mi «El reto del cambio social en España». Epílogo al vol. *La sociedad*. Editorial Moneda y Crédito, Madrid, 1972, pp. 973-1006.

(20) ALFONSO ORTI: «Estratificación social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa», en *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*. CIS. Madrid, 1987, vol. II, pp. 735-736. Ver también su «En torno a una visión de Marx: clases medias y reconstrucción de la hegemonía burguesa», en Román Reyes (ed.): *Cien años después de Marx*. Akal Universitaria. Madrid, 1986.

(21) JOSE FELIX TEZANOS: «Cambio y modernización en la España actual». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 28, octubre-diciembre 1984, pp. 44-45 y 43. Estos datos deben de compararse con la estimación de un 27 por 100 de clases medias en 1950 que ofrece FRANCISCO MURILLO FERROL en su *Las clases medias españolas*. Escuela Social de Granada, 1959.

(22) De los actuales políticos españoles es Manuel Fraga el que ha prestado mayor atención a las clases medias y a sus problemas específicos. En 1959 organizó y dirigió el Congreso de Madrid del Instituto de Clases Medias, y desde entonces ha pronunciado conferencias y publicado ampliamente sobre el tema. En su actividad parlamentaria ha dejado también testimonio de su preocupación por el modelo de sociedad. Cfr. su *Razón de Estado y pasión de Estado*. Ed. Planeta. Barcelona, 1985, dos volúmenes, vol. I, pp. 210-211, y vol II, pp. 500 y 514.

(23) Cfr. JOSE FELIX TEZANOS: «El socialismo y los nuevos movimientos sociales», en Alfonso Guerra *et alii*: *Nuevos horizontes teóricos para el socialismo*. Jávea II. Editorial Sistema. Madrid, 1987, pp. 153-154.

(24) *Ibidem*, p. 160.

(25) JOSE FELIX TEZANOS: «El cambio social y los nuevos sujetos del proyecto socialista», en Alfonso Guerra *et alii*: *El futuro del socialismo*. Editorial Sistema. Madrid, 1986, pp. 136-137.

(26) VICTOR PEREZ DIAZ: *El retorno de la sociedad civil*. Instituto de Estudios Económicos. Madrid, 1987, pp. 256-257.

(27) Cfr. *El Independiente*, 6 mayo 1988.

(28) ERIK OLIN WRIGHT y BILL MARTIN: «The transformation of the American Class Structure, 1960-1980». *American Journal of Sociology*, vol. 93, julio 1987, pp. 1-29.

(29) Cfr. HARRY BRAVERMAN: *Labor and monopoly capitalism*. Monthly Review Press. Nueva York, 1974, y Stephen Wood (ed.): *The Degradation of Work?* Hutchinson. Londres, 1982.

(30) ERICK O. WRIGHT y JOACHIM SINGELMANN: «Proletarianization in the American Class Structure», en *Marxist Inquiries*, dirigido por Michael Burawoy y Theda Skocpol, Suplemento de *American Journal of Sociology*, vol. 88, pp. 176-209.

(31) E. O. WRIGHT y B. MARTIN: *Op. cit.*, p. 18.

(32) *Ibidem*, p. 19.

(33) ANDRE GORZ: *Strategie ouvrière et neocapitalisme*. Seuil. Paris, 1964.

(34) SERGE MALLET: *La nouvelle classe ouvrière*. Seuil. Paris, 1963.

(35) ALAIN TOURAINE: *La sociedad postindustrial*. Ariel. Barcelona, 1969.

(36) ALVIN GOULDNER: *The Future of Intellectuals and the rise of the new class*. Seabury. Nueva York, 1979.

(37) E. O. WRIGHT y B. MARTIN: *Op. cit.*, p. 25.

(38) GIORGIO GAGLIANI: «How many working classes?». *American Journal of Sociology*, núm. 87, 1981, pp. 259-285, especialmente págs. 280-281.

(39) Ver, por ejemplo, J. A. GARMENDIA: «¿Hacia dónde va el empleo?». *Sistema*, 74, septiembre 1986, pp. 51-72. También ARIS ACCORNERO y NINO MAGNA: «El trabajo después de la clase obrera». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 38, abril-junio 1987, pp. 75-92, y sobre todo, CHARLES HANDY: *El futuro del trabajo humano*. Ed. Ariel. Barcelona, 1986.

(40) Cfr. ADAM SCHAFF: *¿Qué futuro nos aguarda?* Editorial Crítica. Barcelona, 1985.

(41) *Ibidem*, p. 51.

(42) J. H. HEXTER: «The Myth of the middle class in Tudor England», en Bernard Barber y Elinor G. Barber: *European Social class: Stability and Change*. The Macmillan Co. New York, 1965, pp. 34-53.

(43) RONALD INGLEHART: «Value Change in industrial societies». *American Political Science Review*, vol. 81, núm. 4, diciembre 1987, pp. 1289-1303. Ver también su importante obra *The Silent Revolution*. Princeton University Press. Princeton, 1977, y JEAN STOETZEL: *¿Qué pensamos los europeos?* Editorial Mapfre. Madrid, 1982.

(44) ADAM PRZEWORSKI y MICHAEL WALLERSTEIN: «The Struc-

ture of Class Conflict in Democratic Capitalist Societies». *American Political Science Review*, vol. 76, pp. 215-238.

(45) RONALD INGLEHART: *Op. cit.*, p. 1293. Ver también SEYMOUR M. LIPSET: «What ever happened to the proletariat? A historic mission unfulfilled». *Encounter*, 56, junio 1981.

(46) Sobre estas cuestiones pueden verse mis trabajos «La televisión como medio para la inversión del ocio» y «La educación permanente y los medios de comunicación de masas», incluidos en mi libro *Cambios sociales y formas de vida*. Ed. Ariel. Barcelona, 2.^a ed., 1973, caps. IX y XIII.

(47) Ver TREVOR JONES: «A new society? The social impact of microprocessor technology», en Trevor Jones (ed.): *Microelectronics and society*. The Open University Press. Milton Keynes, 1980, pp. 166-168. También JULIAN MARIAS: *Cara y cruz de la electrónica*. Colección Austral. Espasa-Calpe. Madrid, 1985.

(48) *El País*, 5 julio 1988.

(49) VALÉRY GISCARD D'ESTAING: *Démocratie française*. Fayard. París, 1976, pp. 68 y 69.

(50) *Le Monde*, 2 octubre 1979.

(51) COLETTE YSMAL: «Le groupe central giscardien», cap. 12 en Georges Lavau, Gérard Grunberg y Nonna Mayer (eds.): *L'univers politique des classes moyennes*. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. París, 1983, pp. 250-251.

(52) SCOTT C. FLANAGAN: «Values in industrial societies». *American Political Science Review*, vol. 81, núm. 4, diciembre 1987, pp. 1303-1319, especialmente p. 1306.

(53) SCOTT C. FLANAGAN: *Op. cit.*, p. 1310.

(54) CIS: *Los trabajadores industriales ante las nuevas tecnologías*. Madrid, 1988, p. 65.

(55) JOSE FELIX TEZANOS: «El socialismo y los nuevos movimientos sociales». *Op. cit.*, p. 183.

(56) JOSE FELIX TEZANOS: *Sociología del socialismo español*. *Op. cit.*, pp. 44-46.

(57) MANUEL FRAGA IRIBARNE: *España, entre dos modelos de sociedad*. Ed. Planeta. Barcelona, 1982.

(58) La problemática de los conflictos de intereses en la sociedad actual ha conducido al renacimiento del corporativismo, sobre el cual existe abundante literatura. Vide, por ejemplo, G. LEHMBRUCH *et al.*: «Neokorporatistische Politikentwicklung in Westeuropa», volumen especial del *Journal fuer Sozialforschung*, vol. 23, núm. 4, 1983; PHILIPPE SCHMITTER: «Interest Intermediation and Regime Governability in contemporary Western Europe and North America», en S. Berger (ed.): *Organizing interests in Western Europe*. Cambridge University Press. Cambridge, 1980, pp. 287-330, y PHILIPPE SCHMITTER y GERHARD LEHMBRUCH (eds.): *Trends toward corporatist intermediation*. Sage. Londres, 1979.

(59) Dr. LEO MÜFFELMANN: *Orientación de la clase media*. Ed. Labor. Barcelona, 2.^a ed., 1931, p. 13. El Instituto Internacional de Estudios de Clases Medias al que se refiere el autor, fundado en 1903 para mejorar la suerte de las clases medias y domiciliado en Bruselas, tuvo prácticamente suspendidas sus actividades entre 1914 y 1921 y entre 1939 y 1947. En 1959 celebró en Madrid su Con-

greso, con el tema «Las clases medias como elemento de promoción social». Recientemente no se le conocen actividades públicas. *Vide El Instituto Internacional de Clases Medias*. Madrid, 1959.

(60) *Ibidem*, p. 20.

(61) *Ibidem*, p. 137.

(62) R. ARON, M. HALBWACHS *et alii*: *Inventaires III. Classes moyennes*. Felix Alcan. Paris, 1939.

(63) EDMOND VERMEIL: «Les Classes moyennes dan l'Allemagne hitlerienne», en R. Aron, M. Halbwachs *et alii*, p. 71. Una interpretación distinta puede verse en Theodore Geiger: «Panik im Mittelstand». *Die Arbeit* 7, 1930, pp. 637-653, y HAROLD LASSWELL: «The Psychology of Hitlerism». *Political Quarterly* 4, 1933.

(64) LOUIS-R. FRANCK: «Les classes moyennes en Italie», en R. Aron, M. Halbwachs *et alii*, *op. cit.*, pp. 96-97.

(65) *Ibidem*, p. 111.

(66) RAYMOND POLIN: «Les clases moyennes en Belgique», en R. Aron, M. Halbwachs *et alii*, *op. cit.*, p. 187.

(67) Cfr. ROGER MILLOT en el discurso de inauguración del Congreso de Madrid del Instituto de Estudios de Clases Medias, pronunciado el 3 de noviembre de 1959. *Actas*, tomo I. Madrid, 1960, pp. 23-24.

(68) Datos facilitados al autor por el Gabinete del Comisariado de la Pequeña y Mediana Empresa de la CEE.

(69) La más fuerte de todas las asociaciones nacionales es la alemana, que pertenece a la coalición CDU/CSU. Ver MIT. *Organisations-handbuch der Mittelstandsvereinigung der CDU/CSU*. Bonn, 1986. También PETER SPARY: *Drei Jahrzehnte Mittelstandspolitik in der Union*. Separata de *MIT-Jahrbuch '85*.

(70) Ver *Der Mittelstand, Motor der Marktwirtschaft*. Bonn, 1985, con un prólogo de Helmut Kohl y un epílogo de Martin Bangemann.

(71) Cfr. MARGARET THATCHER: «Speech at the Small Business Bureau Conference», 8 febrero 1984, Frimley, Surrey, en *EMSU Documents* 83/84.

(72) JOHN NAISBITT: *Megatrends*. Warner Books. Nueva York, 1984, pp. 160 y 4.

(73) «Chaves: "Debemos acostumbrarnos a convivir con altas tasas de paro"». *ABC*, 27 julio 1988. Esta no es, desde luego, la opinión de socialistas como Goran Therborn: «La dinámica del capitalismo y el sentido del proyecto socialista hoy y mañana», en Alfonso Guerra y otros: *El nuevo compromiso europeo*. Jávea III. Sistema. Madrid, 1987, pp. 134-135.

(74) Declaraciones de Daniel Bell a *El Independiente*, 24-30 junio 1988.

(75) DANIEL BELL: *The coming of post-industrial society*. Penguin. Harmondsworth, 1976, p. 488.